

y descansaba tendido en el suelo.

Súbitamente, el pensamiento de Lenina fue una presencia real, desnuda y tangible, diciéndole "¡Nene!" y "¡Abrázame!", con sólo sus calcetinitos y sus zapatos, perfumada. ¡Impúdica ramera! Pero, ¡ah ah!, ¡sus brazos en torno al cuello de John, el temblar de sus pechos, su boca! *La eternidad estaba en nuestros labios - y en nuestros ojos...*

¡No, no no, no! Se puso en pie de un salto, y tal como estaba, semidesnudo, salió corriendo de la casa. Al borde del matorral había un bosquecillo de blanquecinos enebros. Lanzóse a ellos y estrechó, no el suave cuerpo de sus deseos, sino una brazada de enebros espinosos verdes. Agudos, con sus mil puntas, le punzaron. Intentó pensar en la pobre Linda, sin palabra ni aliento, con sus manos crispadas y el indescriptible terror en sus ojos; en la pobre Linda, que había jurado recordar siempre. Pero era la presencia de Lenina la que obsesionaba. Lenina, a la que había prometido olvidar. Aun bajo la heridas y las punzadas de las agujas del enebro, su estremecida carne la sentía, ineludiblemente real. "¡Nene, nene mío!... Si me deseas tú también ¿por qué no...?"

El azote colgaba de un clavo en la puerta, preparado por si venían los reporteros. Frenético, volvió corriendo a casa. Asíóle y le blandió. Las nudosas cuerdas mordieron su carne.

-¡Ramera! ¡Ramera! -gritaba a cada golpe, como si fuere a Lenina (¡y con qué anhelo, sin saberlo, deseaba que lo fuese!) , la blanca, tibia, perfumada, infame Lenina la que azotaba así - ¡Ramera!.

Y luego, con voz desesperada:

-¡Oh Linda, perdóname! ¡Perdóname, Dios mío! Soy malo. Soy perverso. Soy...No, no...¡Tú, tú, ramera, ramera!

Desde su escondrijo, hábilmente disimulado en el bosque, a trescientos metros de allí, Darwin Bonaparte, el más experto de los fotógrafos de fieras de la "Compañía de Películas Sensibles", observaba toda la escena. Su paciencia y habilidad habían sido premiadas al fin. Había pasado tres días acurrucado en el hueco de un roble artificial, y tres noches arrastrándose por entre los brezos para disimular los micrófonos en las manchas de retamas, para enterrar los alambres en la suave y húmeda arena. Setenta y dos horas de profunda incomodidad. Pero el momento supremo había llegado, el más supremo. Darwin Bonaparte tuvo tiempo de pensarlo, mientras se movía entre sus instrumentos, el más supremo después de su famoso *film* sensible, aullante, y estereoscópico, del matrimonio de gorilas.

"¡Soberbio!", se dijo entre sí, cuando el Salvaje comenzó su extraña farsa "¡Soberbio!"

Enfocó bien sus cámaras telescópicas, trabadas a su movable objetivo; instaló otra de gran potencia, para obtener un gran primer término final del rostro enloquecido y descompuesto (¡soberbio!); rodó durante medio minuto con movimiento retardado (un efecto exquisitamente cómico, prometióse); escuchó, entre tanto, los golpes, los gemidos, las salvajes y vesánicas palabras que se iban impresionando en la lista sonora al borde de su cinta; probó el efecto de una leve amplificación (sí, decididamente, estaba mejor así); se deleitó oyendo, en un momentáneo silencio, el penetrante canto de una alondra; hubiese querido que el Salvaje se volviese, para poder obtener un buen término final de la sangre corriendo por su espalda, y, casi instantáneamente (¡qué suerte tan pasmosa!) el complaciente chico se volvió y pudo tomar un perfecto primer término final.

"¡Bien, magnífico!", se dijo cuando todo hubo acabado. "¡Realmente magnífico!" Enjugó su rostro. Cuando se le hubiesen agregado los efectos del sensible en el estudio, sería una cinta maravillosa. "Casi tan buena -pensó Darwin Bonaparte- como la *Vida Amorosa del Cachalote*." ¡Y, por Ford, que ya era decir algo!

Doce días después se estrenaba *El Salvaje de Surrey*. Y podía verse, oírse y sentirse en todos los cines sensibles de primera categoría de la Europa Occidental.

El efecto de la cinta de Darwin Bonaparte fue inmediato y enorme. Desde la tarde siguiente a su estreno, la rústica soledad de John vióse bruscamente rota por la llegada, por los aires, de un gran enjambre de helicópteros.

Cavaba su huerto, y cavaba a la par en su alma removiendo laboriosamente la substancia de sus pensamientos: la muerte, y hundía el azadón una vez y otra. "Y todos nuestros ayeres han iluminado a los necios el polvoriento camino de la muerte." Un convincente trueno rugía en estas palabras. Alzó una paletada de tierra. ¿Por qué había muerto Linda? ¿Por qué se le había permitido hacerse gradualmente menos que humana y, por último... (se estremeció), *una carroña buena para besos?*¹ Apoyó el pie sobre su laya hincándola reciamente en la dura tierra. *Igual que moscas para los traviosos- niños para los altos dioses somos: - nos aniquilan para su deporte.*² De nuevo el trueno; palabras que se proclamaban verdaderas, más verdaderas, en cierto modo, que la verdad misma. Y, sin embargo, el propio Gloucester habíales llamado dioses siempre benéficos. *Dormir es lo mejor de tu descanso: -provócasle a menudo, y, sin embargo - temas la muerte, que es la misma cosa.*³ *Nada más que dormir. Dormir. Soñar acaso.*⁴ Su laya saltó contra una piedra. Agachóse a recogerla. *Y en este dormir de la muerte, ¿qué sueños...?*⁵

El zumbido sobre su cabeza habíase vuelto rugido; y bruscamente hallóse a la sombra, había algo entre el Sol y él. Miró hacia arriba, y sobresaltóse de su trabajo, de sus pensamientos; miró hacia arriba deslumbrado y desconcertado; su espíritu divagaba por otro mundo más verdadero que la verdad, concentrado aún en las inmensidades de la muerte y la divinidad; miró hacia arriba y vio, casi encima de él, el enjambre de aparatos planeando. Venían como langostas, quedábanse suspendidos, inmóviles, y descendían a su alrededor, en el descampado. Y del vientre de aquellas langostas gigantes salían hombres con trajes de franela blanca de glutina, y mujeres (pues el tiempo era caluroso) con pijamas de chantung de acetato o en pantalones cortos de pana y jerseys sin mangas, de cierre de cremallera semiabierto: una pareja por aparato. A los pocos minutos había ya

1 A good kissing carrion.
(Hamlet, II 2).

2 As fillets to wanton boys are we to the gods:
They kille us for their sport.
(Lear, IV, 1).

3 Thy best of rest is sleep.
And that thou oft privok'st; yet grossly fear'st
Thy death which is no more.
(Measure for Measure, III,1).

4 To sleep: perchance to dream
(Hamlet, II, 1).

5 For in that sleep of death what dreams may come?
(Hamlet, III, 1).

docenas, formando un ancho círculo en torno al faro, mirándole, riendo, desplegando sus máquinas fotográficas, tirándole (como a un mono) cacahuates, paquetes de goma para mascar de hormona sexual, *petits-beurre* panglandulares. Y a cada momento (pues, sobre Hog's Back, la corriente del tráfico fluía ahora incesantemente) aumentaba el número. Como en una pesadilla, las docenas volvíanse veintenas, las veintenas cientos.

El Salvaje se había retirado buscando un abrigo, y ahora, como un animal acorralado, apoyaba la espalda contra el muro del faro, pasando de un rostro a otro su mirada con mudo horror, como un hombre enloquecido.

Sacóle de su estupor a un más inmediato sentido de la realidad el golpe dado en su mejilla por un certero paquete de goma para mascar. Un sobresalto de sorpresa y dolor, y hallóse despierto y lleno de rabiosa fiereza.

-¡Largo de aquí! gritó.

El mono había hablado; hubo una explosión de risas y de aplausos.

-¡Bien por el Salvaje! ¡Hurra, hurra! -Y entre aquella baraúnda oyó gritos de: -¡Látigo, látigo, el látigo!!

Obedeciendo a la sugestión de la palabra, descolgó de su clavo tras de la puerta las disciplinas de cuerdas nudosas y blandiólas con rabia ante sus verdugos.

Siguió un alarido de irónico aplauso.

Avanzó amenazadoramente hacia ellos. Una mujer lanzó un grito de espanto. La línea cedió en el punto más inmediatamente amenazado, pero enderezóse luego, permaneciendo firme. La conciencia de su fuerza aplastante daba a estos mirones un valor que el Salvaje no esperaba en ellos. Detúvose sorprendido y miró en torno.

-¡Por qué no me dejáis en paz? -Había un dejo casi doloroso en su cólera.

-¡Toma unas almendras saladas con magnesio! -dijo el hombre que, si avanzaba el Salvaje, sería el primer atacado. Le tendió un paquete-. Son realmente muy buenas, ya verás -agregó con una sonrisa propiciatoria algo nerviosa-, y las sales de magnesio te ayudarán a conservarte joven.

El Salvaje no hizo caso de su oferta.

-¿Que queréis de mí? -preguntó mirando alrededor aquellos rostros irónicos-. ¿Qué queréis de mí?

-El látigo -respondieron confusamente cien voces-. ¡Queremos ver los latigazos! ¡Queremos ver los latigazos!

Luego, al unísono y con un lento, pesado ritmo:

-¡El látigo, el látigo -gritó un grupo al extremo de la línea-. ¡El látigo, el látigo!

Otros también hicieron suyo el grito, y la frase fue repetida, como los papagayos, una vez y otra, con una intensidad creciente, hasta que, a la séptima u octava repetición, no se oía ninguna otra palabra:

-¡El látigo, el látigo!

Gritaban todos juntos; y, embriagados por el sonido, por la unanimidad, por el sentido de rítmico acuerdo, podían, parecía, continuar horas y horas, casi indefinidamente. Pero a la vigésimoquinta repetición, la cosa fue interrumpida de súbito. Otro helicóptero había llegado de la parte de Hog's Back; quedó suspendido sobre la multitud y después paróse a algunos metros de donde estaba el Salvaje, en el espacio libre entre la línea de curiosos y el faro. El zumbido de sus hélices dominó momentáneamente el vocerío; luego, cuando el aparato tocó tierra y los motores se pararon:

-¡El látigo, el látigo! ¡El látigo, el látigo! -surgió de nuevo en el mismo tono, recio, insistente, monótono.

La puerta del helicóptero se abrió y salió primero un joven rubio, de roja faz tostada; luego, con unos pantaloncitos verdes, camisa blanca y gorra de jockey, una joven.

Al verla, el Salvaje se estremeció, retrocedió, púsose pálido.

La joven quedóse quieta, sonriéndole, con incierta, implorante, casi humilde sonrisa. Pasaron unos segundos. Sus labios se movían, iban a decir algo; pero el sonido de su voz se ahogaba con el rudo y machacón estríbillo de los curiosos.

-¡El látigo, el látigo!

La joven apoyó ambas manos en su costado izquierdo, y en su rostro, luciente como un melocotón, hermoso como una muñeca, apareció una extraña, incongruente expresión de congoja y de ardiente deseo. Sus azules ojos parecían hacerse más grandes, más brillantes; y, de pronto, dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Habló otra vez inteligentemente; luego, con rápido, apasionado ademán, tendió sus brazos al Salvaje y avanzó.

-¡El látigo, el látigo!

Y bien pronto tuvieron lo que querían.

-¡Ramera! -El Salvaje se había lanzado sobre ella como un loco-. ¡Zorra! -Como un loco comenzó a azotarla con las disciplinas.

Aterrada dio media vuelta para huir, pero tropezó y cayó entre el matorral.

-¡Henry, Henry! -gritó.

Pero su rubicundo compañero se había puesto en salvo tras del helicóptero.

Con un alarido de gozosa excitación rompióse el cerco; hubo una avalancha convergente hacia aquel centro de atracción magnética. El dolor era un horror fascinante.

-¡Quema, lujuria, quema!¹ Frenético, el Salvaje la azotó de nuevo.

Ávidamente se apiñaban alrededor, empujándose como cerdos en torno al domajo

-¡Oh, la carne! -El Salvaje rechinó los dientes. Esta vez fue sobre sus lomos donde cayó el azote-. ¡Muera, muera!

Arrastrados por la fascinación horripilante del dolor e impelidos desde dentro por el hábito de cooperación, por el deseo de unanimidad y concordancia que su acondicionamiento había inarrancablemente implantado en ellos, pusieron a imitar el frenesí de sus ademanes, golpeándose unos a otros, como el Salvaje golpeaba su rebelde carne o aquella gordita encarnación de la torpeza que se retorció a sus pies entre la maleza.

-¡Muera, muera.....! -seguía gritando el Salvaje.

De pronto, uno comenzó a cantar *Orgía Latria*, y en un momento repitieron el estribillo todos y, cantando, pusieron a bailar. *Orgía Latria*, dando vueltas y más vueltas, golpeándose unos a otros en un compás de seis por ocho. *Orgía Latria*...

Era más de medianoche cuando el último de los helicópteros emprendió el vuelo. Embriagado de *soma* y exhausto por un prolongado frenesí de sensualidad, el Salvaje yacía dormido en tierra. Ya estaba el Sol muy alto cuando despertó. Continuó tendido un momento, parpadeando ante la luz con una incompreensión de búho; luego, bruscamente, lo recordó todo.

-¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! -Y se cubrió la cara con las manos.

Aquella tarde, el bando de helicópteros que llegó zumbando por encima de Hog's Back formaba una sombría nube de diez kilómetros de largo. La descripción de la orgía en común de la noche anterior había aparecido en todos los periódicos.

-¡Salvaje! -llamaron los primeros llegados al bajar de sus aparatos-. ¡Míster Salvaje!

No obtuvieron respuesta.

La puerta del faro estaba entreabierta. Empujáronla y entraron en un crepúsculo de ventanas cerradas. A través de un arco, en el fondo de la sala, vieron el arranque de una escalera que iba a los pisos altos. Justo bajo la clave del arco bamboleábanse un par de pies.

-¡Míster Salvaje!

Lentamente, muy lentamente, como dos despaciosas agujas de brújula, los pies giraban hacia la derecha, Norte, Nordeste, Este, Sudeste, Sur, Sudsudeste; se pararon. Y luego, tras algunos segundos, giraron con la misma calma hacia la izquierda. Sudsudeste, Sur, Sudeste, Este...

FIN

1 Fry, lecherty, fry!

(Troilus and Cressida, V.2).

Bibliografía

ECO, Umberto:

La definición del arte,

Trad. R. de la Iglesia,
México, Edit. Roca, 1991.

CASAS, Antonio M.:

El arte de ayer y de hoy,

Barcelona, Edit. Labor,
(Nueva Colección Labor Núm. 112), 1971.

BARTHES, R., H. Lefevre, L. Goldmann y otros:

Literatura y sociedad,

Trad. R. de la Iglesia, Barcelona,
Edit. Martínez Roca, 1969.

VON MARTIN Alfred:

Sociología del Renacimiento,

Trad. Manuel Pedrosa, México, F.C.E.,
(Col. Popular Núm. 40), 1992.

CARRIT, E. F.:

Introducción a la Estética,

Trad. Octavio G. Barreda, México, F.C.E.,
(Col. Breviarios Núm. 39), 1970.

RAMOS, Samuel:

Filosofía de la vida artística,

México, Espasa-Calpe,
(Col. Austral Núm. 974), 1964.

HAUSER, Arnold:

Historia social de la literatura y del arte, 1, 2 y 3.

Trad. A. Tovar y F. P. Varas-Reyes, Barcelona,
Edit. Guadarrama, (Col. Punto Omega Núms. 19, 20 y 21), 1979.

DE ITA, Fernando:

El arte en persona,

México, Edit. Árbol, 1991.

FRYE, Northrop:

La estructura inflexible de la obra literaria,

Trad. Rafael Durbán Sánchez, Madrid,
Edit. Taurus, (Persiles - 60), 1973.

PERÉS, Ramón D.:

Historia universal de la literatura,

Barcelona, Edit. Ramón Sopena,

(Col. Biblioteca Hispánica Ilustrada Núm. 31), 1969.

V / A : **Historia universal de la literatura,**

Navarra, Edit. Orbis,

(Grupo Libro 88, 10 Tomos), 1990.

FLEMING, William:

Arte, Música e Ideas,

Trad. José Rafael Blengio,

México, Mc. Graw - Hill, 1989.

PIJOAN:

Historia del arte,

Barcelona, Edit. Salvat, 4 Tomos, 1971.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

FIN

